

Cartas Fluminenses: LOS COMIENZOS EN RÍO

1930-1932

Alfonso Reyes

Los antólogos de Alfonso Reyes no se han detenido suficientemente en aquella página de su diario en la cual confiesa el deseo de reunir sus cartas enviadas desde Río de Janeiro, bajo el título Cartas fluminenses. Para quien todo lo convertía en objeto de escritura, la publicación de tal epistolario equivalía a una obra de crítica y autocrítica; para sus lectores, en autobiografía espontánea y fresca, nacida de la comunicación directa.

En las cartas remitidas a sus amigos Genaro Estrada, Julio Torri y Pedro Henríquez Ureña, aquí reproducidas gracias a la generosidad de Alicia Reyes, encontramos a nuestro escritor atosigado por las "enormes minucias" que decía su dilecto Chesterton: los obstáculos materiales de la vida cotidiana, la enfermedad llamada alejamiento, las ingratitudes de la errancia. Pero también se transluce en ellas el escritor que confiesa sus métodos y ritmos de trabajo, el omnívoro buscador de noticias, el notable ajedrecista diplomático. Un Alfonso Reyes, finalmente, humano en sus debilidades y grandezas.

En homenaje a Reyes, Universidad de México publica esta selección, para cumplir el proyecto, que el escritor acariciaba, de ver reunidas sus epístolas de Río, sus Cartas fluminenses. ♦



Río de Janeiro, 10 de abril de 1930, por la noche.

Mi querido Genaro:

Prefiero desde el primer momento decirle toda la verdad: yo no me siento feliz en Río, ni creo ser el hombre para este ambiente. Mi primera impresión, que le comuniqué a usted por telégrafo, era verdadera. Pero me acordé de los malos ratos que a veces pasa usted con la indisciplina de sus amigos, y quise darle una prueba de obediencia. Por eso estoy aquí, dispuesto a aguantar lo más posible, pero sin deseo de hacer huesos viejos en donde no creo hacer ninguna falta. Mi despedida de Buenos Aires le habrá demostrado a usted lo que yo había conseguido allá para la representación social de México, ya que en lo oficial no es posible con la actual administración argentina prever nada ni lograr resultados ciertos. He abandonado una tierra difícil y cara, pero con rincones únicos y valores de los más exquisitos, por una tierra *igualmente cara* y mucho menos dotada de comodidades para la vida. Si no fuera por el mucho dinero que debo al Banco de la Nación de la Argentina —dinero que no me gasté en mujerzuelas, como usted le decía al vizconde Lazcano, sino en mejor servir a mi representación— ahora mismo buscaría un pretexto y pediría unas vacaciones largas para ir a México. Me hace falta tal vez (no estoy seguro: eso sólo usted, mi amigo de absoluta confianza, puede saberlo). En todo caso, no me agrada vivir aquí. Esta es tierra divertida para turistas, nada más. Permítame que no entre en descripciones prolijas. Siento que nada hay de común entre esto y yo. No es ésta seguramente la mejor situación de un diplomático que llega. Estoy solo, y aun puedo decir que abandonado. Es cierto que apenas llego, pero ¡qué diferencia en París, en Buenos Aires! Es cierto que aún no se reanuda la vida oficial, y la vida social apenas comienza. Pero no he tenido el gusto de ver a una sola persona que valga la pena. Ni siquiera nuestro amigo Ronald de Carvalho se ha presentado por aquí. Herrera de Huerta dice que es más bien enemigo de México. En todo caso, era mi amigo en letras; y no sé qué creer, porque Huerta está tan despechado, triste y solo, que todo lo tiñe con su pesimismo.

Para colmo, me encuentro con ese callejón sin salida de la mala, pésima casa de la Embajada, con la cual no podemos hacer nada: si me la dejan, me matan; si me la quitan, me mueren. ¡Si yo fuera rico, Genaro mío! Pero he venido tan pobre a Río, por no dejar cuentas arrastrando! ¡Y tengo tantas obligaciones pendientes! Sólo en las pensiones a mis dos madres y en mi abono al banco se me van mil pesos corridos al mes. Y este mes, para salir limpio, he tenido que dejar en Buenos Aires otros mil y pico. Y mi único bien positivo, lo que le dejo

a mi familia, mi póliza de seguro, vence este mes y me cuesta 410 pesos argentinos. Si a esto añade usted los inmensos gastos de traslado de 60 cajones (¡los libros, los papeles! ¿Cómo voy a tirar todo eso?) comprenderá que no tengo al fin más remedio que aguantarme esta casa pestilente, apolillada, propia de gendarmería, aunque rodeada de cerros y de paisajes, como todo aquí. Yo lo aguantaré, bien está; pero la sociedad y el cuerpo diplomático no van a aguantarlo. Y esto va a ser una rechifla. No sé, no sé que hacer. . .

He comprendido que el gobierno deseaba dejar sin embajador mexicano nuestra representación en la Argentina, pero lo cierto es que me apresuré a salir, por darle a usted una prueba de obediencia. Acaso si me quedo allá, siquiera hasta saber de mis credenciales, Irigoyen lo hubiera remediado todo rápidamente, pues me consta que se quedó apenado.

Pero también se me ocurre que acaso me buscó usted, con su amigable diligencia, la única situación posible y humana que me quedaba. Me aseguran por ahí que Gastélum quiere venir a Buenos Aires. Y lo de la Embajada de España o la de París, sospecho que no serían para mí. En suma que usted me ha salvado mandándome aquí. Quiere decir que ha llegado el momento en que ya la carrera diplomática no puede tener para mí más perspectiva que la de rodar por la línea resultante. Esto me entristece. Me pregunto si debo continuar esta vida indefinidamente. Y me contesto que tengo ¡ay! que resistir al menos hasta no liquidar mi deuda con el Banco Argentino. ¡Ya ve usted si me ocupan pensamientos tristes y melancólicos! Estoy bajo la impresión de tantas lágrimas, tantas despedidas emocionantes, tantas desgarraduras que sentí al arrancarme de Buenos Aires. Uno no sabe nunca nada, Genaro mío. ¡Quién sabe qué extraño azar gobierna nuestra vida y juega con nuestro corazón! ¡Estoy tan triste! ¿Qué es esto de andar por el mundo sembrando y pisoteando afectos? Todos, a mi edad, tienen ya su vejez asegurada, su modesto patrimonio seguro, sus hábitos y gustos precisos, su tierra de elección, su nido y su abrigo. Yo no, nosotros no. ¡Qué fuerza tan grande hace falta para no perder la moral en estos ejercicios realmente acrobáticos!. . . Y adelante, con la pobre mujer que sufre nuestros insomnios y neurastenias, y con el mocetón a quien la juventud y la buena contextura natural van salvando de esa continua amenaza ética que es la interrupción de estudios y costumbres y compañías. ¿Qué andamos haciendo, Genaro? ¿Sirve de veras a la patria lo que andamos haciendo? ¿Vale la pena este esfuerzo? ¿De veras nos lo pide el pueblo? ¿De veras le importa al Gobierno? ¿De veras tenemos su confianza? ¿De veras es justo este sufrir? Déjeme explayarme con usted en esta media noche de soledad y de verdad. Mi salida de Buenos Aires cierra una de las etapas más trágicas e intensas de mi vida. Estoy muy mal herido, Genaro. Y estoy muy solo, porque no tengo derecho a pedir alivio para estas penas de la única que me lo sabría dar.

¡Oh, Genaro, la libertad, la libertad! ¡Y pensar que cinco mil dólares —lo que allá suele regalar por capricho un general a uno de sus tenientes cualquier mañanita de buen humor— bastarían para aligerarme el peso! Porque entonces ya todo me parecería, aunque fuera lo mismo, y aunque continuara yo uncido a iguales servicios, todo, digo, me parecería libremente elegido por mí. Todo, entonces, se volvería afición y juego. ¡Y acaso esos cinco mil dólares me están esperando allá, en México, y yo no lo sé ni puedo verlo, porque no nací con ese olfato!

Ahí queda este grito de mi corazón, para que sólo usted lo sepa; para que sólo usted lo escuche. ¿Se ha fijado en que para nada le hablo de Literatura? Calcule por ahí la amargura mía. Hasta me olvido de lo único que puede alegrarme. Si está en su poder, no me deje aquí mucho tiempo. Mis nervios no pueden resistirlo. Esto no es todavía tierra para vivir, créame. Y aconséjeme también un poco. Busque un rato desocupado para mí, y escríbame largo. Me servirá de consuelo. ¡Si usted supiera, Genaro; si yo pudiera por carta contarle los esfuerzos de que he sido capaz para venir hasta aquí! No me tome a mal que me queje. Yo mismo no entendía, no sabía. ¿Quién ha entendido ni ha sabido nunca nada? Me duele: ya no quiero tocar más esta zona herida.

Mal sino el mío: ahora que yo llego, vuelve para acá Silva e Lima. ¿Qué significa esto? Escríbame. Su Alfonso.



Río de Janeiro, 9 de enero de 1931.

Querido Genaro: Acabo de recibir una notas de la Auditoría General de la Contraloría de la Federación, firmadas por José Bravo, fechadas unas en 11 de diciembre y otras en 12, de que dicha oficina ha enviado copia a la Secretaría de Relaciones (de modo que usted puede hacerse mostrar las copias), en que se me ordena que, en el plazo de un mes, devuelva o solvente las siguientes responsabilidades, todas relativas a mis cuentas del año 1925:

18,37 Todo esto, en pesos mexicanos. Es una nota para
18,09 cada suma. La nota no especifica concepto ni
367,32 siquiera dice el mes. No tengo elementos de
240,81 juicio ni de discusión. No sé qué podré hacer.
832,64 Encarecidamente le ruego se sirva examinar estas
8,94 notas, y decirme por telégrafo qué puedo hacer.
920,16 Si no tengo más remedio que pagar, lo haré,
19,20. siempre y cuando me permitan partir en
porciones, de un modo ecuaníme, dicha suma, pues yo
no soy capitalista, ni cuento más que con mi sueldo. El
total llega a 2,425.53 pesos mexicanos. Yo necesitaría seis
meses para poder pagar esta enormidad, que ni siquiera
sé ya por qué la debo. Me extraña un poco esta manera
de tratar al pobre funcionario. ¿Qué quieren?
¿Demostrarme que no sirvo? Si aún no se cansa de
ayudarme, telegráfeme diciéndome qué debo hacer.
Obedeceré al instante lo que usted me diga: sólo le ruego
tenga en cuenta mi absoluta imposibilidad de pagar de
un golpe. Espero su telegrama con ansia, lamentando
tener que darle un mal rato en cada carta. Esta vez no es
culpa mía, de veras. Gracias de antemano, y gracias por
las ausencias de Nueva York, que realmente superaron
cuanto yo esperaba de su cariño, aunque me tiene usted
acostumbrado a saberlo muy grande y firme. Gracias.
Suyo. Alfonso.



Río de Janeiro, enero 29 de 1931.

Señor Don Genaro Estrada.
Secretario de Relaciones Exteriores.
México D.F.

Gordo infinito:

¡Qué consuelo su telegrama de ayer! Pero ¿qué palabra suya no es un consuelo? De modo que los 2,400 y pico que me cobraban en el plazo de un mes quedan reducidos a la decente suma de cuatro pesos y centavos. Mil veces le agradezco, y no sólo la cosa en sí, como también los términos tranquilizadores de su mensaje.



Sí: yo me di cuenta de que se trata de medidas generales de Contraloría. No crea que tengo manía de persecución. Sino que no por eso dejaba de ser brutal el golpe, y yo no sabía qué contestar. Ahora me figuro que, lo que hicieron para el año de 25, lo van a seguir haciendo para los años ulteriores. En cada caso, le daré a usted cuenta de lo que ocurra.

No se olvide usted de mi telegrama de 21 de octubre en que le ruego examine la nota que nuestra embajada en Buenos Aires envió a usted en 7 del propio mes bajo el número 480. Esa nota significa para mí la suma de unos mil ochocientos pesos argentinos en mi haber. Considere que, como ya sólo debo en Buenos Aires tres mil pesos, la devolución de esa suma significaría para mí la liquidación completa de mi deuda en el próximo abono. Cuando haya logrado eso, cambiaré mi humor, *Monterrey* saldrá con más frecuencia, le escribiré cartas más divertidas, le mandaré libros brasileños muy conmovedores, le enviaré muchos informes sobre el café, mandaré cuentas que no den lugar a la menor observación, sacaré fotos mías en distintas posturas para obsquiárselas a usted, comenzaré la colección de mis obras completas, me descontaré doble cuota para el PNR, tendré otro hijo, habrá mucho de aquello, adelgazaré, desaparecerán para siempre mis jaquecas, llegaré a ser —no el que he sido antes, eso vale bien poco— sino el que usted ha soñado que yo sea, le enviaré un tomo para las monografías bibliográficas y otro para el Archivo Diplomático, mandaré a *Contemporáneos* un panorama de la actual literatura brasileña, ya no haré versos (o haré otros libros de versos, según el bando de mis amigos a que usted pertenezca), me crecerá el pelo, le entenderé a Don José Moreno Salido sus explicaciones sobre la política mexicana, y aceptaré a Gobineau interpretado por Adolfo de la Llama, encontraré que la casa de la Embajada está ya excelente y muy bien amueblada, y en suma será la luz de mi casa, la fiesta de mis amigos y la vida perdurable, amén.

Lo abraza con ímpetu carioca A.R.



Río de Janeiro, 8 de abril de 1931.

Mi querido Julio:

Haces mal en tenerme tan olvidado. A no ser por Javierito Icaza, ni siquiera sabría yo si te llegó *Juan Peña*. De tu vida sólo sé lo que los demás me quieren contar. Los demás nunca entienden: lo tengo muy experimentado. Además, los demás. . .

Me telegrafió Alfredo Martínez Baca pidiéndome que le rogara a Genaro Estrada que sugiera a Aarón Sáenz que lo nombraran a él, Alfredo, para sustituir en Londres a Villaseñor que regresa a México. Como esta cascada de relativos, según me dice Alfredo, fue sugestión tuya, y

como no tengo las señas de Alfredo, a ti te ruego que le hagas saber la buena voluntad que al instante puse en servirlo. Pero Genaro me contesta, sin querer engañarme: “Transmito recomendación Baca, pero tengo seguridad harás otra designación”. Mala suerte, o llegamos tarde, o alguna otra frase hecha del desconsuelo. Lo siento.

Siempre estoy esperándote y nunca vienes. Te espero en cartas, o en libros, o en colaboraciones para *Monterrey*, que no muere nunca a pesar de las apariencias. Sé que lees mucho (esto es de siempre) y que eres cada día más sabio. Yo también, pero no he logrado evitar la panza, no he tenido bastante libertad para ello. ¿Me perdonarás cuando vuelvas a verme? ¿Cuando vuelvas a verme, Julio! ¿Te acuerdas de aquellos tiempos? Ustedes han seguido su vida juntos, y a mí me han ido dejando, tan solo, dar tumbos por todo el mundo. Si a veces me equivoqué, ¿qué culpa tengo?

Son las siete de la mañana. Chorrea desde el Corcovado un sol de miel. Al amanecer cantaban los sabiás, y hay también unas cigarras que hacen ruido de instrumentos eléctricos. Creo que va a hacer calor. Como siempre. ¡Qué solo me siento en este instante, perdido en la última Tule brasileña! ¡Qué lejos me queda, desde aquí, la raya del mundo! ¿Qué andaré yo haciendo aquí, Julio? Entre otras cosas, recordándote.



Riojaneiro, 6 de marzo de 1932.

Pedro: Esperé alguna carta tuya, posterior a la del 15 de enero que, por traerme impresiones todavía muy recientes, podía no darme un cuadro definitivo, pero tardas, y yo ya no puedo tardar en comunicarme contigo. Sé que le has escrito algo a Alonso, pero me llegó por eco a través de Nieves, y temo que haya cierta exageración inconsciente. Yo sabía que el contacto tenía que comenzar por el dolor. Desearía que encontraras medio y manera de desarrollar una actividad útil: eso te alegraría.

Lizaso, en su última carta, no sabe qué habrá sido de ti, y me pregunta dónde andas. ¿No te has comunicado con los amigos de allá?

Contemporáneos está para morir, con la salida de Genaro Estrada de México, y Ortiz de Montellano me proponía un plan quimérico, para hacer cuatro números al año, uno de México dirigido por él, otro de Estrada en Madrid, otro de Torres Bodet en París, y otro mío acá, cada uno costado por el que lo hiciera. Tú comprendes que esto no sirve para nada ni es siquiera factible. Aquí, por ejemplo, las dificultades tipográficas son enormes. Sólo yo sé lo que me cuesta sacar mis publicaciones. El nuevo *Monterrey* está en la imprenta desde el 10 de enero, y todavía a esta hora no logro que acaben con las pruebas. Ya tengo material para otro número más. Una curiosidad: se soltó la fiebre de traducciones del *Cementerio marino*, después de los de Guillén y Brull. Salió uno de

Ibarra, bueno, pero con un prólogo lleno de groserías, y ahora me llega otro de Oribe, el uruguayo. Se hablará en el *Monterrey* 9, pues el 8 ya está cerrado.

Hace días estoy escribiendo sobre Goethe, para *Sur*. Largo, pero fragmentario y disperso. No pude, con las prisas que me dieron, hacer otra cosa. Aún temo que más adelante voy a tener que rectificar algunos juicios, pues me estoy engolosinando en Goethe y anotando muchas cosas de que esta vez no puedo tratar. Tengo también uno o dos libros de prosa, y otros tantos de versos. Para salir de todo, espero que Genaro me obtenga mi libertad editorial de Pedro Sáinz.

Eduardo Villaseñor pasó a Hacienda, con Pani, como jefe de presupuestos. No sé si el Abate de Mendoza seguirá en Madrid con Genaro, o habrá ido a México con Pani. Castro Leal, encargado de negocios a Praga, en sustitución de Nervo, que fue llamado.

¿Podría recibir publicaciones de allá que creas que debo conocer? ¿Las conferencias de Lugo?

Estoy un poco en el aire, sin saber si me afectarán los cambios habidos en el gabinete en México. Parece que no, hasta ahora. Pero me había yo acostumbrado a despachar en carta privada ciertas cosas, y ahora tengo que tomar el otro carril.

Te envío el *Ventanillo de Toledo*, de que me hicieron tirada aparte los estudiantes de Battistessa.

En el próximo número de la *Revue de Littérature Comparée*, de Baldensperger y Hazard, creo que saldrá mi catálogo de traducciones castellanas de Mallarmé, y una colección de traducciones más.

Alfonsito está otra vez examinándose en Buenos Aires, donde Cabrera lo ha acogido con especial cariño. Parece que comienza a pensar en hacer estudios de medicina. Si es así haré de una vez el sacrificio de enviarlo a algún gran centro científico. ¿Crees que Francia sigue siendo el sitio indicado? ¿Cuál es tu consejo?

Las malas noticias de salud nos desconciertan. Los primeros rumores eran que todos estaban mejor y contentos, salvo la pena que te causaba el empezar a rehacer el mundo sin tener elementos para ello. Ojalá todo eso pase.

Aquí nuestro mayor enemigo es el aburrimiento. Yo me curo con el trabajo incesante. Hace años no trabajaba como lo estoy haciendo desde que llegué a Río. Pero me muevo poco, y empiezan a pesar los años, con la tendencia a la gordura que es un horror.

El aseo de América ha tenido cierto eco en Cuba y en México. Ojala sirva de algo, aunque creo que todo se quedará en comentarios.

Nieves cree que tú piensas en volver a Buenos Aires.

Tuve la inevitable historia con Tristão de Athayde: no se puede ir a ninguna parte con los conservadores fanáticos. Se aprovechó de conversaciones privadas más, literarias, para —formando las ideas a su modo— escribir un artículo de ataque a México. Le puse una carta, la más precisa que he escrito en mi vida, colocándolo en su lugar y llamándole como merecía ser llamado, y

enmudeció. Amigos suyos como el correctísimo Prudente Moraes, Neto (¡el nombre es ya un programa!) estuvieron de mi parte.

No he podido esperar a tener negocios qué tratar para escribirte. Alguna vez se entenderá que está bien así.

Manuela te saluda, y quisiera formarse idea de Santo Domingo, ver cosas con los ojos, ojear papeles.

Supongo que recibes las cosas que continuamente te envío. Habrá mucha paja, pero sólo tú podrás separarla del grano.



Riojaneiro, 25 de marzo de 1932.

Hace años, Pedro, me diste unas notas sobre traducciones de sonetos de Shakespeare por un hispanoamericano (creo recordar que eso era). Se las di a Canedo, y desaparecieron en su archivo secreto. Para que esto no se pierda se fundó *Monterrey*. ¿Podrías reconstruir la noticia? Tengo a la mano una contribución a la bibliografía de Shakespeare en español por un académico catalán, Alfonso Par, y podría hacer alguna adición.

Estoy esperando tus nuevas noticias, para saber si puedes trabajar en cosas tuyas, o si por ahora te absorbe el deber oficial. Hace tiempo me prometiste una bibliografía alarconiana. No sé si todavía te interesa. Mis notas de algún número de *Monterrey* no podrían sustituirla.

La salida de Genaro Estrada ha traído para mí una lluvia metódica y organizada de reclamaciones ficticias de cuentas oficiales, sin duda porque entre nosotros todo se entiende como acción y reacción y, puesto que dejó el puesto Genaro, hay que procurar molestarme. Veremos si esto pasa pronto. Si continuara, yo no podría soportarlo.

¿Has visto con cuánto ahínco está trabajando Pablo Martínez del Río en la *Universidad de México*? Yo le mando notas españolas que se me quedaron sin objeto. Pienso publicar dos o tres cosas de poesía y otras tantas de prosa este año. Todo dependerá de mi suerte. Hay un desaliento general entre los diplomáticos mexicanos: desde los más nuevos, hasta los jefes de misión, y hasta Genaro, que acaba en Madrid de decirle a Rodolfo que ésta es una carrera estúpida y que él no resistirá más de un año. Las reducciones de honorarios son fabulosas. Mi situación es ya irregular, pues no podré en adelante repetir ninguna de mis recepciones (y aquí siempre las esperan de las embajadas). Por supuesto que estoy mejor así: estoy trabajando.

Saludos



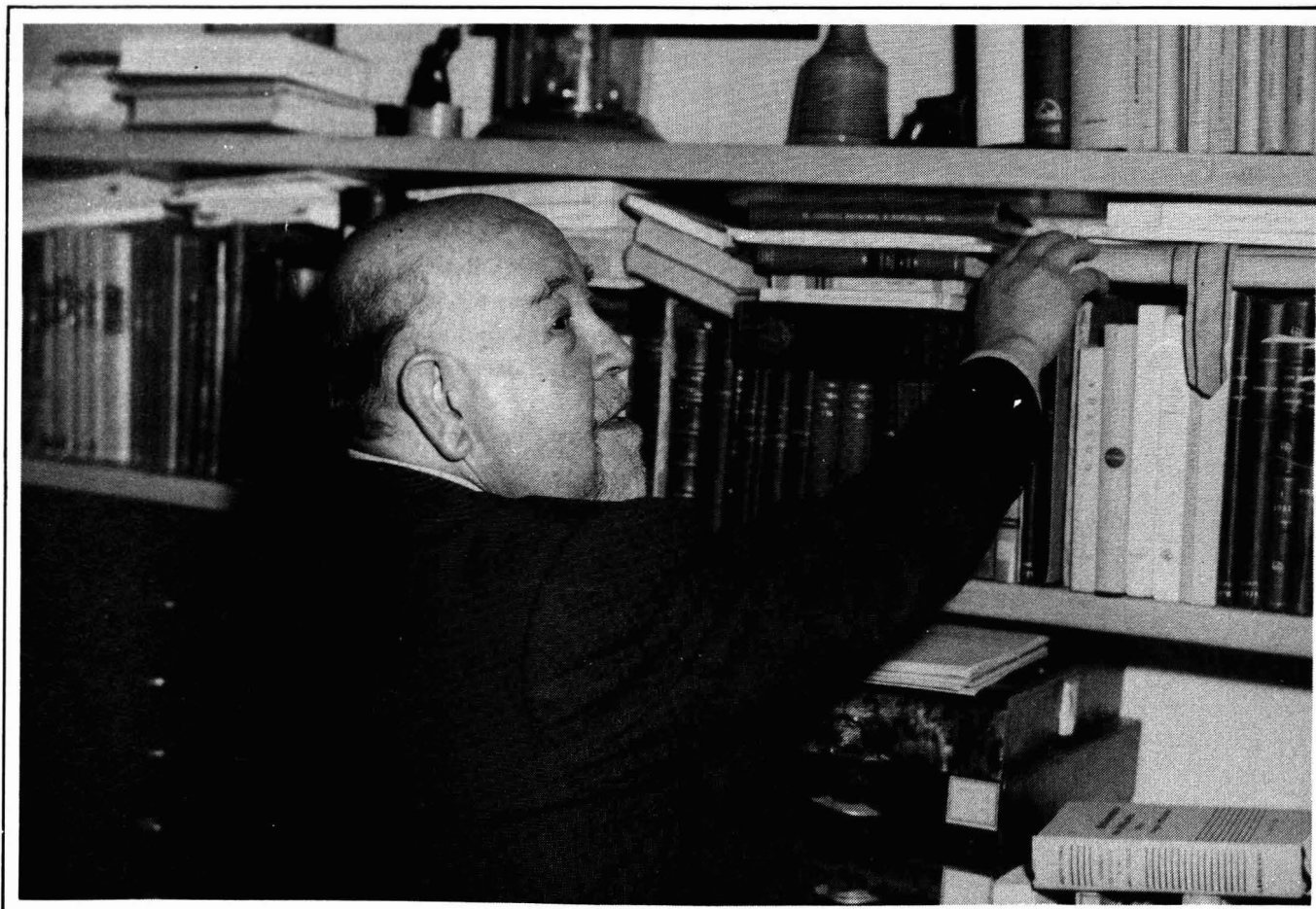


Riojaneiro, 6 de diciembre de 1932.

Carísimo Gordo: Mucho le agradecí su amplio mensaje orientador, que viene a coincidir casi en todos los puntos con los demás cabitos que vengo atando: han comenzado a llegarme cartas aéreas de México. Le contesté al instante que había quedado anulado el viaje, y ahora le doy las explicaciones ofrecidas, pues comprendo que mis recaditos anteriores, los que se cruzaron con su aludido mensaje, no son bastante explícitos.

Parece que, reducido el nuevo presupuesto de Relaciones en medio millón de pesos para el año entrante, se pensó en rebañar la cazuela. Parece que se decidió entonces llamar, y suprimir lisa y llanamente, a los siguientes jefes de misión: Alonso Romero, del Japón; García Alba, de Colombia, y este servidor de usted. Ya Cravioto había sido previamente enviado como ministro a Holanda, sin perder su personal categoría de embajador. De Buenos Aires no se ha hablado hasta ahora, que yo sepa. Parece, sin embargo, que se ha nombrado a Castillo Nájera (nunca me quiso usted contestar si entregó o no aquel precioso manuscrito que compré en París y envié por su conducto a la Secretaría de Educación) como embajador en Chile, pero parece que sólo para cobrar el sueldo, y parece que no vendrá. Así,

pues, es innegable que había un plan general. De Negri fue no ha mucho nombrado ministro en Italia, y recientemente fue nombrado ministro en San Salvador nuestro amigo Herrera de Huerta, que le envió a mi escribiente Gigena una carta por conducto de su antiguo *chauffeur* en ésta, en la cual le auguraba que pronto tendría sorpresas. Creo que don Pablo conocía los propósitos de destituirme. Parece que, al anunciarse esto, el embajador Rocas se alarmó, y se lo comunicó a su gobierno (nada de esto he sabido, sino mucho tiempo después, que Mello Franco me lo ha contado todo). El gobierno brasileño hizo decir en México que no podrían considerar este acto como amigable; que esta embajada tenía estos y los otros ilustres antecedentes, que la estatua de Cuauhtémoc, etc. Rocas, que cenaba esa noche con Pani, le habló del asunto, y Pani hizo reconsiderar mi llamado. Mello Franco me ha dicho categóricamente que era el Sr. Téllez el empeñado en suprimir esta jefatura, y que fue el Sr. Pani quien lo evitó. Parece que Téllez tiene mala impresión de mí, según alguien me dice. En todo caso, se me llamaba para no ofrecerme nada. Yo iba dispuesto a tomar los toros por los cuernos, como usted me lo aconseja en su mensaje. Además, no me estaba mal ver a mi madrecita antes que se me vaya, y arreglar definitivamente eso de mis libros en México. Son dos hilos únicos los que me atan a los bienes de este mundo: el deseo de dar carrera convenientemente a mi hijo, y las pensiones mensuales que sirvo a mis madres en México.



Dentro de esto último, quedan comprendidos mis libros, que pagan la casa que ocupan. Sin estas preocupaciones, yo estaría más ligero que los pájaros del Señor. Ya ve usted, pues, cuál es mi historia, hasta dónde puedo desde aquí descifrarla. Sé que, entre tanto, Jorge Useta arrecia sus ataques contra mi persona, considerada como una vergüenza para México. Creo recordar que, cuando usted publicó el *Pero Galán*, Useta lo atacó a usted y comentó, ridiculizándose, cierta frase mía sobre aquel libro encantador, y añadió de paso unos elogios para Téllez, porque éste no opinaba, o algo parecido. Sigo atando cabitos. Pero no entiendo bien. En todo caso, a mí se me ha desalentado el nido. Ya no me siento seguro. Creo que debo comenzar a pensar en irme antes de que me echen. Tengo bien cumplidos mis doce años de servicio, y tengo derecho a la máxima compensación. Estoy al corriente en todas mis cuentas. ¿No cree usted que mi hijo podría hacer muy bien su Medicina en España, y yo pobretar por allá con honra? ¿No quiere usted hacerme el favor de preguntar, por las dudas, si el bachillerato argentino le vale allá a su sobrino Alfonsito? Porque mi hijo ha seguido examinándose en Buenos Aires, a fin de no sufrir nuevo trastorno con otro cambio de colegiatura y programas.

Mucho tendría que decirle, no para contarle en carta porque sería prolijo. Estoy sereno ante el paisaje, pero deseoso de tomar una resolución clara en mi vida. La salida de usted me hizo siempre comprender que algunas

cosas cambiarían. Y Dios, usted y yo sabemos que no me refiero a gollerías ni compadras, pues siempre fue usted enemigo de eso, lo mismo que yo. Afortunadamente, Genaro, creo que usted y yo tenemos derecho a pensar que hay posteridad para nosotros, que todo ha de salir a la luz, tarde o temprano.

Le mando la copia que desea de la carta de Villaseñor, y no necesito recomendarle que la lea y destruya, o esconda en su corazón.

Yo me he quedado sin saber con quién y sin quién, como en las coplas antiguas.

Esta tarde mandé otra vez mi material a *Monterrey*, de donde ya lo había retirado a medio componer. Dentro de breves días le enviaré un librito de tono menor que se llama *Tren de ondas*, todo él en tono de conversación sin trascendencia, libro en fin de la mano izquierda, y entreacto para no enmohecarme y seguir limpiando la mesa. Pronto recibiré de Holanda mis *Romances del Río de enero*, gasto este en que nunca me hubiera embarcado a saber lo que se me esperaba. Ahora, ya está hecho, y sea por Dios.

Leo por ahí que José Vasconcelos va o se fue a Quito. He creído entender que Martín Luis Guzmán trabaja en *El Sol* (gracias por ese amable recorte con mi bibliografía).

Aquí esta Ventura García Calderón, otro buen Gordo, de ministro del Perú, en los plenos horrores de la iniciación.

Este año hace más calor que nunca, y me fue necesario tomar una casita en Petrópolis, con cláusula diplomática por las dudas. Estoy esperando a don Pedro Sánchez y don Octavio Bustamante, delegados conmigo al Primer Congreso Panamericano de Geografía e Historia. Pero de México no me han dicho oficialmente cuándo vienen ni dónde, y no puedo preguntarlo por haberseme dicho que no ponga telegramas para eso. Ahora bien: aquí es indispensable prevenir con anticipación a Relaciones, para que éste avise a Hacienda y ésta ordene a la Aduana que se trate con miramientos a los delegados oficiales. De otra suerte, les detienen sus cosas y les hacen abrir cuanto traen, etc.

Gracias por la segunda parte de la bibliografía nerviana, que ahora junto a la primera en un solo artículo. No puedo verificar con mi edición, porque se me quedó empacada en los seis cajones que no me he decidido a abrir (de los treinta que ya tenía hechos al recibir la contraorden). No importa: la nota era tal cual. ¡A otros el cotejo!

Me alegra saber que ya, ya está usted haciendo cosas. ¿Quiere mi poesía "Trópico", por la cual tengo debilidad, para sus ediciones de cositas aisladas? Quisiera enviarle algo más: veremos.

A su señora, de nuestra parte, los mejores saludos. Ella se habrá acordado del día que la llevé con toda su familia a almorzar al celebre Botín.

Lo abraza su gordo. ♦

